

Recibido en: 01/12/2014  
Aceptado en: 20/07/2015

## **EL ROMÁNICO DESENMASCARADO: CONSTRUCCIÓN Y RUINA DE LA IGLESIA DE SAN MARTÍN DE MOLINA DE ARAGÓN (GUADALAJARA)**

UNMASKED ROMANESQUE: CONSTRUCTION AND RUIN OF THE CHURCH  
OF ST. MARTIN IN MOLINA DE ARAGÓN (GUADALAJARA)

JOSÉ ARTURO SALGADO PANTOJA  
Universidad de Castilla-La Mancha

### **Resumen**

La antigua iglesia parroquial de San Martín está situada en el centro histórico de Molina de Aragón (Guadalajara). Su imparable proceso de ruina ha puesto al descubierto importantes vestigios románicos enmascarados bajo el actual edificio neoclásico. Este artículo analiza la evolución constructiva del templo con el apoyo de las evidencias artísticas, documentales y arqueológicas existentes.

### **Palabras clave**

Arquitectura románica. Edad Media. Neoclasicismo. Siglos XII a XIX. Patrimonio desaparecido.

### **Abstract**

The old parish church of St. Martin is located in the historical center of Molina de Aragón (Guadalajara). Its unstoppable process of ruin has shown significant Romanesque remains masked under the current Neoclassical building. This paper examines the constructive evolution of the church, based on artistic, documentary and archaeological evidences.

### **Keywords**

Romanesque architecture. Middle Ages. Neoclassicism. 12<sup>th</sup> to 19<sup>th</sup> centuries. Missing Heritage.

El 2 de diciembre de 1999, la cúpula y las bóvedas de la iglesia molinesa de San Martín se desplomaron causando un estrepitoso ruido. Este suceso suponía el colofón a una centuria de desgracias, de angustiada crónica de una muerte anunciada. Tras la extinción de sus funciones parroquiales en el siglo

XIX, y pese a su eventual uso como capilla del colegio de los Escolapios (1882-1935)<sup>1</sup> y de los Agustinos (1947-1953), el edificio, desatendido y dañado por las llamas en 1915<sup>2</sup> y por los bombardeos de la Guerra Civil española, había sido clausurado hacia 1980<sup>3</sup>. Sin embargo, el definitivo cierre de sus puertas tampoco pudo impedir que otro nuevo incendio, acontecido en 1986, redujese a cenizas y hollín todo su interior<sup>4</sup>.

Las dos últimas décadas tampoco han sido mucho más propicias para la historia del templo. El hundimiento de las cubiertas aceleró la degradación de toda la estructura, provocando el desmoronamiento de algunos lienzos y la pérdida de la mayor parte de los elementos decorativos. Esta tragedia, sin embargo, puso también al descubierto evidencias muy significativas del pasado medieval del inmueble, oculto durante dos centurias bajo un elegante revestimiento neoclásico. Dicho aspecto había pasado casi inadvertido en los estudios sobre el Románico provincial, aunque las excavaciones arqueológicas dirigidas por Juan Pablo Martínez y Jesús Alberto Arenas en 2003 ya demostraron que se conservaban más restos de la fábrica primitiva de los que se podía sospechar. Pero ni siquiera la inclusión del templo en el “Plan de Intervención Románico de Guadalajara”, paralizado desde 2011, ha impedido que el paso del tiempo siga castigando sin piedad sus ya maltrechos muros.

## LA IGLESIA ROMÁNICA DE SAN MARTÍN

Las primeras noticias fiables sobre Molina se remontan al siglo XI: por aquel entonces, era la cabeza de una taifa musulmana que aparece mencionada en numerosos documentos, y que incluso es referida en el célebre *Cantar de Mio Cid*: “aguijan quanto pueden infantes de Carrión; félos en Molina con el moro Avengalvón”<sup>5</sup>. Su situación política y religiosa cambió de forma radical

<sup>1</sup> En 1882 “se les dio [a los Escolapios] la Iglesia que primitivamente fue Parroquia de San Martín y que se hallaba en deplorable estado”. MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza y sus obispos*, t. III, Madrid, 1910, p. 687.

<sup>2</sup> El historiador y cronista Francisco Layna señala poco antes del estallido de la Guerra Civil española que el templo “en 1915 sufrió un incendio y su reparación ulterior no es todavía completa”. LAYNA SERRANO, F., *Arquitectura románica en la provincia de Guadalajara*, Guadalajara, 2001, p. 125.

<sup>3</sup> Las cuentas de los libros parroquiales de fábrica se detienen en 1980, justo tres años después de que se hubiese invertido la enorme suma de 600.000 pesetas en blanquear el templo y dotarlo de calefacción. Archivo Parroquial de San Martín, conservado en la iglesia de San Felipe (APSM), Libro de Fábrica IV (1901-1980), 1977.

<sup>4</sup> GARCÍA DE PAZ, J. L., *Patrimonio desaparecido de Guadalajara*, Guadalajara, 2003, p. 107. Según un artículo publicado tiempo atrás en la prensa local, la cubierta del vestíbulo y parte de la de la iglesia ya habían comenzado a caerse. FRATERNAL, A., “En Molina: San Martín se hunde”, en *Nueva Alcarria*, 17 de julio de 1982.

<sup>5</sup> *Cantar de Mio Cid*, J. C. Conde ed., Madrid, 2003, cantar tercero, vv. 2646-2647, p. 344.

en 1128, cuando el monarca aragonés Alfonso I conquistó de forma definitiva la plaza y una amplia franja de territorio circundante<sup>6</sup>. Muy pronto, ambas le fueron entregadas en concepto de behetría de linaje a Manrique Pérez de Lara (†1164), que se encargó de sentar las bases administrativas y jurídicas de lo que desde entonces se denominó el Común de villa y tierra de Molina.

La atracción y fijación de nuevos pobladores fue bastante rápida en este contexto geográfico, entre otras cosas gracias al beneficioso fuero que regía todo el alfoz. Este proceso fue especialmente significativo en la villa, donde ya desde mediados del siglo XII se fueron conformando las diferentes *collaciones*, dotadas de sus respectivas iglesias parroquiales construidas siguiendo los preceptos estéticos del estilo románico imperante<sup>7</sup>. Sin embargo, seis de los once templos documentados en el siglo XIII carecían de culto regular en 1557, lo que provocó su fusión o supresión<sup>8</sup>. El abandono de los inmuebles unido al creciente descenso poblacional, los efectos devastadores de las guerras, el cambio de gustos y otros tantos avatares, causaron la desaparición de la práctica totalidad de esas obras. Los únicos vestigios de ese naufragio medieval a día de hoy son la iglesia conventual de Santa Clara (llamada Santa María de Pero Gómez hasta 1584)<sup>9</sup>, los cimientos de Santa María del Collado y la antigua parroquial de San Martín, objeto del presente estudio (fig. 1).

La tradición local siempre sostuvo que San Martín era la más antigua de todas las iglesias molinesas, y que había sido erigida en tiempos tardorromanos o visigodos<sup>10</sup>. Incluso en pleno siglo XX, el amor ciego a su tierra del historiador Anselmo Arenas le llevó a considerarla como la muestra más pretérita de arquitectura cristiana en España<sup>11</sup>. Según la creencia popular, el

<sup>6</sup> “En estos días fríos de invierno molinés es cuando el de Aragón [Alfonso I] decide con todas sus fuerzas dar fin al largo asedio de la ciudad molinesa. La entrada triunfal por la ruinoso ciudad molinesa debió de efectuarse a mediados de diciembre de 1128”. PÉREZ FUERTES, P., *Molina. Reino Taifa. Condado. Real Señorío*, Madrid, 1990, p. 45.

<sup>7</sup> SANZ Y DÍAZ, J., *Historia verdadera del Señorío de Molina*, Guadalajara, 1982, p. 96.

<sup>8</sup> MINGUELLA Y ARNEDO, T., *ob. cit.*, pp. 682-683.

<sup>9</sup> RUIZ CLAVO, A., “Algunas referencias acerca de dos conventos molineses: el de Clarisas y Franciscanos”, *Wad-al-Hayara. Revista de estudios de Guadalajara*, 26 (1999), p. 105.

<sup>10</sup> Diego Sánchez de Portocarrero consideró que el templo cristiano más antiguo de Molina era el de San Martín, y que ya debía existir “desde el tiempo que estaba infectada España de la heregía de Arrio”. SÁNCHEZ DE PORTOCARRERO, D., *Antigüedad Del Noble y Muy leal Señorío De Molina. Historia i lista Real de sus Señores Principes i Reyes*, Madrid, 1641, p. 159. Esa creencia se mantuvo entre autores del siglo XX como Claro Abánades, que dijo sobre San Martín: “¡Quién sabe si fuera la catedral de una de las más famosas sedes episcopales de la España visigótica!”. ABÁNADES LÓPEZ, C., *La reina del señorío. Historia documentada del santuario de Nuestra Señora de la Hoz, cuya imagen se venera en tierras del Señorío de Molina*, Sigüenza, 1929, p. 67.

<sup>11</sup> ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado y la ciudad de Ercávica*, Valencia, 1920, pp. 79 y 85.

edificio sobrevivió durante la etapa de dominio musulmán, convirtiéndose hacia 1138 en la sede del recién instaurado Cabildo Eclesiástico de Molina<sup>12</sup>. Dicho organismo fue creado por Juan Sardón, clérigo narbonense que llegó a la villa de la mano de Ermesenda, esposa de Manrique Pérez de Lara<sup>13</sup>. A este respecto, cabe señalar que en las cotas más profundas de las excavaciones realizadas en el templo en 2003 aparecieron dos monedas de vellón de época de Alfonso I el Batallador (†1134)<sup>14</sup>, lo que podría indicar la existencia de algún edificio anterior a los restos más antiguos hoy visibles. Por desgracia, las prospecciones arqueológicas tuvieron que detenerse a una profundidad de -1'90 metros debido a que la elevada cota del nivel freático provocaba la inundación de las catas<sup>15</sup>.



Fig. 1. Iglesias de San Martín (derecha) y Santa Clara (izquierda).  
Vista desde el recinto del castillo. Molina de Aragón (Guadalajara).

<sup>12</sup> ID., *Origen del muy ilustre Señorío de Molina de Aragón. El Cid y D. Manrique de Lara: dos modelos de vasallos*, Madrid, 1928, p. 112. ABÁNADES LÓPEZ, C., *El real señorío molinés*, Madrid, 1966, pp. 121 y ss.

<sup>13</sup> HERRERA CASADO, A., *Molina de Aragón: veinte siglos de historia*, Guadalajara, 2000, p. 52.

<sup>14</sup> MARTÍNEZ NARANJO, J. P. y ARENAS ESTEBAN, J. A., *Arqueología en la iglesia de San Martín. Molina de Aragón*, Guadalajara, inédito, p. 62.

<sup>15</sup> *Id.*, p. 44.

Sea como fuere, la instalación del referido cabildo bien pudo motivar la erección de un edificio de nueva planta, elegante y capaz. Varios elementos procedentes de esa fase románica, como los soportes compuestos o los vanos, presentan vínculos formales y estilísticos con los de la segunda campaña románica de la catedral de Sigüenza. Para María del Carmen Muñoz, ese impulso constructivo de la seo, de filiación languedociana, se debió de desarrollar entre 1170 y 1198<sup>16</sup>. Ambos datos concordarían a la perfección con el caso de San Martín. Como ya indicó Francisco Layna en su estudio pionero de 1935, la iglesia se erigió en la segunda mitad del siglo XII<sup>17</sup>, quizá en una fecha bastante próxima a la del óbito de Juan Sardón (†1181), cuya destrozada lápida aún perdura empotrada en un muro de la sacristía<sup>18</sup>. Otro aspecto a tener en cuenta es que tanto el citado eclesiástico francés como Ermesenda procedían de Narbona, por lo que no sería extraño que ambos favoreciesen la transferencia de estilemas y artistas del Languedoc a Molina<sup>19</sup>.

El edificio elevado hacia el último tercio del siglo XII se distribuía siguiendo el típico esquema de nave rectangular y testero en el extremo oriental compuesto por presbiterio recto y hemiciclo (fig. 2).

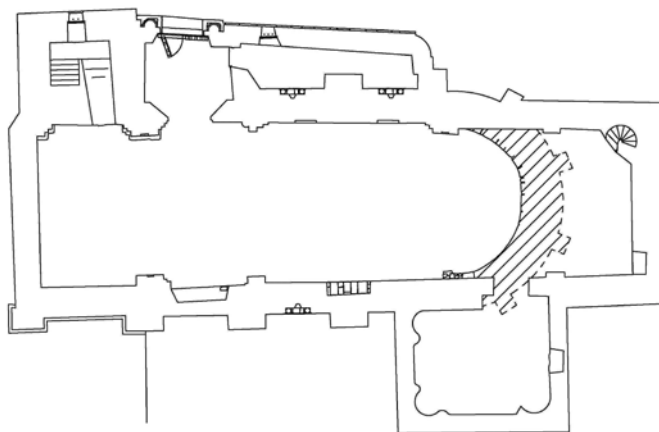


Fig. 2. Iglesia de San Martín. Planta actual y cimientos exhumados del ábside románico.

<sup>16</sup> MUÑOZ PÁRRAGA, M. del C., *La catedral de Sigüenza (las fábricas románica y gótica)*, Guadalajara, 1987, p. 95.

<sup>17</sup> LAYNA SERRANO, F., *ob. cit.*, p. 125.

<sup>18</sup> Según Anselmo Arenas, Diego Sánchez de Portocarrero encontró un documento en el archivo del monasterio de Buenafuente del Sistol, datado en 1187, en el que se leía “in collatione Sancti Martini de Molina”. En cualquier caso, esa referencia sólo confirma que la colación ya se había conformado. ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado...*, p. 106.

<sup>19</sup> PÉREZ FUERTES, P., *ob. cit.*, p. 67.

La situación del hastial de Poniente coincidía con la del actual, mientras que la nave se dividía en tres tramos separados entre sí por arcos fajones muy posiblemente apuntados. Éstos descansaban sobre soportes compuestos por tres columnas adosadas, más ancha la central, con fustes de sillería apoyados sobre basas y rematados por idéntico número de capiteles vegetales. Sobre las cestas laterales se levantaban las nervaduras de las bóvedas de crucería que cubrían la nave. Algunos de estos elementos aún se pueden apreciar en el interior del ruinoso templo, y muy especialmente en su muro norte (fig. 3).

La separación entre la nave y la cabecera se efectuaba mediante un arco triunfal también apuntado que fue demolido al unificarse el tercer tramo de la nave y el correspondiente al antiguo presbiterio para erigir la cúpula neoclásica. La conservación del tramo recto norte y del arranque del hemiciclo, permite saber que estos ámbitos también se separaban al interior por un arco apuntado sobre idénticos soportes a los descritos en la nave, del mismo modo que sucede en la vecina iglesia de Santa Clara. El resto del hemiciclo fue derribado en el siglo XIX, aunque la excavación de 2003 consiguió documentar sus cimientos hasta una altura de 1'5 metros, así como un bancal adosado que recorría el perímetro de la estructura internamente<sup>20</sup>. Por lo demás, se desconoce el tipo de cubierta que presentaba la capilla mayor románica, aunque un documento que describe su estado antes de la destrucción refiere la existencia en la bóveda de decoración a base de florones. Sin embargo, no se precisa si ese ornato se correspondía con una línea de imposta inserta en el muro o, más probablemente, con las nervaduras y claves típicas de un ejemplar de crucería<sup>21</sup>.

Al exterior, el inmueble se presentaba totalmente exento por sus cuatro costados. Tal y como sucede hoy, el acceso principal se abría al Norte hacia la calle de las Tiendas, mientras que los pies se disponían hacia la calle Tejedores. Sin embargo, la cabecera quedaba despejada hacia la calle Losada, y, tras su muro meridional, se ubicaban el cementerio parroquial y el huerto. Esta franja de terreno al sur del templo se delimitaba por el muro de mampuesto del atrio, que debía cerrarse a escasos metros del cinturón amurallado de la villa, coincidente con el actual paseo de los Adarves. El resto del dextro de la iglesia se encontraba empedrado<sup>22</sup> y, hasta su tala en 1653, existía en él un viejo olmo, según costumbre frecuente en el ámbito castellano<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> MARTÍNEZ NARANJO, J. P. y ARENAS ESTEBAN, J. A., *ob. cit.*, pp. 45-46.

<sup>21</sup> “En el año 1819 se deshizo la capilla de San Martín y se deshizo con su magnífico altar de talla alta, y San Martín a caballo en medio; y la bóveda que se deshizo era de piedra labrada, y unos florones en la misma piedra labrada”. Descripción del escribano Julián Antonio González de Reinoso, cit. ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado...*, p. 87.

<sup>22</sup> Existen varias menciones a los muros de delimitación y a la compostura de los empedrados del entorno eclesial. De entre ellas destaca la correspondiente a 1770: “Mas son datta ciento y doce reales y ocho maravedís, que tubo de costo el empedrado de la jurisdicción de la



Fig. 3. Interior del muro norte. Último tercio del siglo XII con reformas posteriores.

Visto desde fuera, el edificio debía ser una potente obra de dorada sillería arenisca, con contrafuertes en los paramentos laterales que neutralizaban las cargas de los arcos fajones de la nave y del presbiterio. Dichos estribos articulaban los muros norte y sur en tres sectores, en los que se abrían sendos accesos (segundo tramo) y vanos (tercero y, quizá, primero). El presbiterio repetía ventanales de idéntica factura, mientras que el hemiciclo absidial se dividía mediante cuatro contrafuertes en tres paños, ciegos los laterales y el central perforado con otro vano abocinado. Éste era casi idéntico, según las descripciones antiguas, al del vecino templo de Santa Clara y, por ende, a los

iglesia, que se mando hacer por prurito general por providencia de la justicia de esta villa". APSM, Libro de Fábrica III (1766-1858), 1770, s/p.

<sup>23</sup> APSM, Libro de Fábrica I (1623-1654), 1653, s/p.

que todavía persisten en los muros laterales de San Martín: de medio punto, con derrame ensanchado hacia el interior, y flanqueado por columnas y capiteles vegetales en sus dos caras<sup>24</sup>.

El hemiciclo sólo conserva los referidos cimientos y un exiguo fragmento del arranque septentrional, cortado de forma abrupta por la cabecera del siglo XIX. Este lienzo está construido a base de buen sillar escuadrado, queda enmarcado entre dos contrafuertes y presenta un ligero recrecimiento que fue efectuado para igualar su altura con la de la capilla mayor neoclásica. La cornisa románica se situaba un poco más baja, como así lo demuestra el canecillo a base de modillones de rollo que aún se conserva *in situ*. Por desgracia, al no existir ninguno más, resulta imposible saber si esa decoración se repetía en todos los canes restantes, como sucede en Santa Clara, o si por el contrario había una mayor variedad temática (fig. 4).



Fig. 4. Vestigios del ábside románico. Último tercio del siglo XII.

<sup>24</sup> Una vez más, Julián Antonio González de Reinoso informa al respecto: “Y la ventana tenía la piedra labrada y dos columnas de piedra al orden que la de Santa María de Pedro Gómez y San Bartolomé”. Cit. ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado...*, p. 87.



El tramo recto de la cabecera románica no sufrió la misma suerte que el remate semicircular de la misma, y sus muros se reaprovecharon y enmascararon bajo la obra neoclásica. Los elementos conservados permiten saber que tanto en el lado del Evangelio como en el de la Epístola se abrían sendos vanos de características muy similares. Como se puede observar en el muro sur, hacia el interior de la iglesia formaban un gran arco de medio punto muy sencillo, cuya luz se estrechaba de manera muy acusada hacia fuera. Su cara exterior se resolvía de un modo mucho más ornamental, con bellos ventanales de 2'5 metros de alto por 1'5 de ancho. Aunque el del mediodía fue tabicado al construirse la sacristía, el del lado norte aún se conserva en un estado aceptable, y cuenta con molduras de puntas de diamante en la chambrana y las jambas, rosca animada con florones carnosos y una pareja de capiteles con hojas de las que penden frutos esféricos, y que descansan sobre estilizados fustes y desgastadas basas.



Fig. 5. Muro del tercer tramo norte. Último tercio del siglo XII.

Ya en el espacio de la nave, el único tramo que ha sobrevivido casi intacto desde el siglo XII es el tercero, inmediatamente contiguo a la cabecera. Sus muros cuentan también con sendos vanos románicos muy parecidos a los ya referidos, con la diferencia de que las chambranas y jambas se ornamentan con sencillas labores de nacela y mediascañas. Los erosionados capiteles también repiten fitomorfos, aunque según la descripción de Anselmo Arenas, presentaban ligeras diferencias entre sí<sup>25</sup>.

Los desprendimientos del enlucido neoclásico permiten apreciar cómo se solucionaban estos ventanales hacia el interior de la iglesia: del septentrional se distingue la amplia embocadura compuesta por un arco de medio punto con chambrana moldurada, mientras que del meridional se intuye parte de la rosca y de un capitel. Al exterior, ambos se hallan parcialmente destruidos en su mitad inferior: el del Norte con una gruesa aplicación de cemento, y el del Sur seccionado por una construcción moderna adosada al inmueble (fig. 5).

El segundo tramo sirvió desde el siglo XII para albergar las dos portadas del templo. La principal se abrió al septentrión y procuraba acceso directo a la calle, mientras que la opuesta permitía el tránsito entre la iglesia y el cementerio parroquial. Esta inversión del orden habitual vino motivada por la ubicación del templo, cuyo flanco del mediodía se encontraba a las espaldas del caserío y a muy escasos metros de la muralla. Por desgracia, nada se sabe sobre la morfología o la decoración de estos dos ingresos románicos, que fueron eliminados siglos más tarde. Así lo atestiguan los paramentos de todo este sector, cuyos sillares medievales aparecen removidos y dispuestos en hileras muy irregulares. Estas incongruencias materiales son especialmente visibles en el lado del Evangelio, donde fue preciso efectuar un remontaje completo del lienzo para sustituir la antigua portada por la actual gótica.

Cabe señalar que sobre este ingreso se observan los restos muy borrados de un crismón, que aunque repintado de forma grosera y errónea, todavía perduraba en un estado aceptable cuando fue fotografiado por Anselmo Arenas y Tomás Camarillo<sup>26</sup>. Tres siglos antes, en 1641, Diego Sánchez de Portocarrero lo dibujó con todo lujo de detalles, refiriéndose al mismo como

<sup>25</sup> De los del Norte dijo que “el capitel derecho se halla adornado por caprichosos y elegantes hacecitos de hojas cauliculadas; el izquierdo lo cubre una sola hoja de acanto muy bien trabajada”. En el caso del vano sur, “el de la izquierda está formado por dos grupos de tres hojas empalmadas cada uno, separados por una hoja suelta en medio” y “el de la derecha forma una especie de hoja de lanza muy aguda, del centro de la cual arrancan dos hojas laterales, que acaban en pequeñas bolas”. *Id.*, pp. 92 y 94.

<sup>26</sup> La primera fotografía se realizó hacia 1920: ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado...*, p. 99, fig. 4. La segunda se conserva en el Centro de la Fotografía y la Imagen Histórica de Guadalajara (reg. CAM-0809), y fue tomada entre 1923 y 1948.

una antigüedad de posible origen hispanovisigodo<sup>27</sup>. Quizá debido a la importancia que se le atribuía, se colocó sobre la portada del zaguán una copia casi idéntica efectuada hacia 1800<sup>28</sup>. En cualquier caso, la pieza original no es una obra tan remota como pretendían los historiadores del pasado, y es mucho más probable que proceda de una de las desaparecidas portadas románicas (¿quizá parte de un tímpano?)<sup>29</sup> (fig. 6).

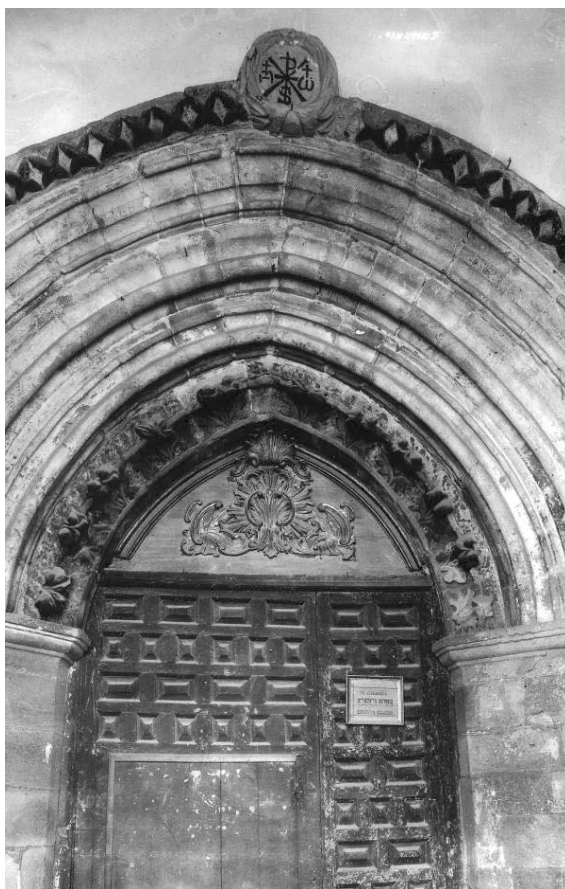


Fig. 6. Portada norte.  
Siglo XIV.  
Fotografía de Tomás Camarillo  
(1923-1948),  
Centro de la Fotografía y la Imagen  
Histórica de Guadalajara.  
Diputación Provincial.

<sup>27</sup> En dicho dibujo se aprecia que era un crismón trinitario sencillo, acompañado del alfa y el omega: de ese modo, la apariencia tan anómala que mostraba en las fotos del siglo XX fue seguramente fruto de un repinte erróneo sobre el desgastado relieve. SÁNCHEZ PORTOCARRERO, D., *ob. cit.*, pp. 158-160.

<sup>28</sup> Julián Antonio González de Reinoso apunta que en la fachada, y en esa fecha, “una piedra antigua que había la han puesto imitada”. Cit. ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado...*, p. 87

<sup>29</sup> El tímpano es un elemento muy poco común en el románico de Guadalajara (no así en el aragonés), aunque existe uno en la vecina iglesia de Santa Clara, con la que este edificio de San Martín posee no pocos vínculos artísticos.

Por último, no se ha conservado vestigio alguno del primitivo campanario de la iglesia. Las escasas referencias documentales indican la existencia a inicios del siglo XVII de una torre, sobre la que se levantó un campanil en 1635<sup>30</sup>. Poco más se sabe al respecto, si bien Anselmo Arenas asegura que en 1734 se invirtieron 16.000 reales para aumentar seis varas (unos cinco metros) su altura<sup>31</sup>. Tampoco se conoce cuál fue la ubicación exacta de esta estructura, aunque parece ilógico que se situase al Este o al Sur, pues allí se hallaban el manantial que pasaba junto al ábside y el cementerio y las murallas, respectivamente. Además, en 1738 existe una mención al empedrado “en la calle de la torre”, a todas luces la calle Tejedores, hacia la que se aún se orienta la cara oeste de la actual. En cualquier caso, tampoco es posible afirmar si esa estructura a la que aluden los libros de fábrica era de origen medieval o de cronología posterior.

### **LABORES DE MANTENIMIENTO EN EL TEMPLO ROMÁNICO: SIGLOS XIV-XVIII**

Las prospecciones arqueológicas efectuadas la pasada década demostraron que la iglesia de San Martín sufrió graves problemas de humedad desde fechas muy tempranas, algo que también queda de manifiesto en la documentación de archivo<sup>32</sup>. El paulatino ascenso del nivel freático ya debía de ser preocupante a principios del siglo XIV, por lo que se decidió aumentar el nivel del suelo, dejando casi soterrado el bancal románico que recorría perimetralmente las paredes de la iglesia. Otra consecuencia de ese recrecimiento fue que las dos portadas quedaron achatadas, quizá hasta el punto de resultar antiestéticas y casi impracticables. Ante tal situación, se procedió al desmontaje de los paramentos del segundo tramo de la nave a fin de abrir unos ingresos acordes a la altura del nuevo piso.

Muy poco se sabe de la portada sur, salvo que procuraba acceso al camposanto y que a mediados del siglo XVIII tenía una estructura techada adosada a modo de pequeño porche<sup>33</sup>. Poco o nada debía quedar por aquel

<sup>30</sup> APSM, Libro de Fábrica I (1623-1654), 1635, s/p. Hay noticia de un pequeño arreglo en el campanil en 1786. APSM, Libro de Fábrica III (1766-1858), 1786, s/p.

<sup>31</sup> ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado...*, p. 86.

<sup>32</sup> A mediados del siglo XVII, el maestro Antonio Martínez y sus ayudantes tuvieron que subir el nivel del suelo, enlosándolo y recomponiendo los altares, pilas, sepulturas y portadas. APSM, Libro de Fábrica I (1623-1654), 1646-1648, s/p. Una centuria más tarde, se invirtió una considerable suma de dinero para limpiar el templo y “lo que baxan las aguas”, así como para “libertar á la iglesia de las humedades”. APSM, Libro de Fábrica II (1703-1766), 1753-1754, s/p. También a principios del siglo XIX, mientras se reedificaba la cabecera neoclásica, el escribano Julián Antonio González de Reinoso observó que “después se hizo la estacada, aunque con mucho trabajo, pues era mucha el agua que acudía y estuvieron sacando, y se ha sacado todo el paño de pared que va hacia la fuente, que llaman de San Martín”. Cit. ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado...*, p. 87.

<sup>33</sup> “Mas se le abonan veinte y quatro reales que costo el componer los texados de la Iglesia, el de la torre, sacristia y el de la puerta, que sale al campo santo”. APSM, Libro de Fábrica II (1703-1766), 1756, s/p.

entonces de la obra románica, reformada en XIV y, al menos, hasta en dos ocasiones más. La primera de ellas tuvo lugar en 1653, año en que los maestros Francisco Beluerte y Francisco Juanes reconstruyeron y reforzaron buena parte del muro del mediodía<sup>34</sup>; la segunda justo una centuria después, cuando las dos portadas de la iglesia fueron recompuestas con sillares de nueva factura<sup>35</sup>. Poco tiempo más tarde, en 1783, el ingreso fue cegado de forma definitiva, y en el hueco resultante hacia el interior de la nave se instaló una hornacina para albergar la pila bautismal<sup>36</sup>.

La entrada principal se sitúa al norte, y es un ejemplar gótico que sustituyó en el siglo XIV al anterior románico. Se compone de cuatro arquivoltas apuntadas en derrame que alternan aristas y boceles. La interna añade hojas muy carnosas de diversos tipos, mientras que la chambrana está exornada con una moldura de puntas de diamante. Como ya se advirtió, para construir este acceso fue preciso desmontar todo el lienzo del tramo, recolocando nuevamente los viejos sillares románicos de un modo algo anómalo. No obstante, el problema de las humedades no cesó, y a todas luces fue el causante del rápido deterioro de los elementos sustentantes del acceso gótico. Debido a su mal estado, todos los fustes y capiteles fueron suprimidos en 1753, y sustituidos por unos gruesos derrames de sillar lisos. Tres años más tarde, la portada fue pintada por completo y rematada por un medallón con guirnaldas en el que se inscribió el antiguo crismón románico ya aludido<sup>37</sup>.

Algunos autores encuadraron esta portada dentro del impulso constructivo románico; sin embargo, hay razones de peso para rechazar esta tesis. En primer lugar, y pese a que se procuró que el acceso quedase bien integrado en el conjunto del templo recurriendo a decoraciones como las puntas de diamante, la concepción general del vano, de sus arquivoltas y su ornato vegetal naturalista, responde inequívocamente a un modelo propio de un gótico avanzado. Es posible incluso que la citada moldura de la chambrana, compuesta por piezas de tamaño muy dispar, fuese reaprovechada del ingreso anterior, y adaptada a la morfología del actual. Por otro lado, ya se ha indicado que el paramento del tramo en el que se ubica se encuentra removido, y además la portada se sitúa a una altura excesiva con respecto a la de las ventanas románicas. Por si fuera poco, dos anchos estribos poligonales, de los cuales el oriental es aún perfectamente visible, fueron levantados al exterior en idéntica fecha con el fin de reforzar el tramo reconstruido.

<sup>34</sup> APSM, Libro de Fábrica I (1623-1654), 1653, s/p.

<sup>35</sup> APSM, Libro de Fábrica II (1703-1766), 1753, s/p.

<sup>36</sup> Ese año hay un descargo de 1420 reales y 9 maravedís para sufragar varios gastos, entre ellos “cerrar y componer la puerta del campo santo, colocar en ella la pila de bautismo”. APSM, Libro de Fábrica III (1766-1858), 1783, s/p.

<sup>37</sup> Véase fig. 6. “Mas se le abonan dos mill quinientos ochenta y quatro reales del importe que tubo la portada de la Iglesia de silleria con tranqueros [...] Mas se le abonan nobenta reales que pago de dorar la cruz de la portada de la iglesia, y el labaro pintar lo demas del adorno y tambien pintar las molduras de la silleria del cancel”. APSM, Libro de Fábrica II (1703-1766), 1753 y 1756, s/p.

El licenciado Francisco Díaz y Diego Sánchez de Portocarrero subrayaron la antigüedad de la iglesia San Martín en sus estudios sobre Molina, efectuados hacia 1470 y 1641 respectivamente. Ambos aseguraron que en los últimos siglos no había sufrido obras de importancia, e incluso el segundo afirmó con excesivo entusiasmo que el edificio estaba “como en su principio, sin haber sido retocado”<sup>38</sup>. Sin embargo, en 1653 se efectuó una importante intervención en el templo, cuyo coste ascendió a 22.066 reales. Una pequeña parte de esa cantidad se invirtió en construir el osario y allanar el cementerio, mientras que todo lo restante se destinó a la reconstrucción del primer tramo y parte del segundo en el muro de la Epístola, quizá afectados por el constante problema de las humedades<sup>39</sup>. Todo parece indicar que la morfología externa de este sector no se vio alterada de manera muy sustancial, aunque sí se emplearon sillares de nueva factura, algo quizá motivado por el alto grado de deterioro que presentaban los antiguos. Además, en el tramo más occidental se abrió un amplio ventanal de medio punto que procuraba una mayor iluminación al interior, y que permanece tabicado desde la gran obra que se llevó a cabo hacia 1800.

Los engarces entre los sillares del lado de la Epístola y el hastial occidental demuestran que hubo al menos una reforma previa a la de mediados del siglo XVII. Por las evidencias visibles, todo parece indicar que consistió en la reconstrucción de todo el muro de Poniente, en el que aún se pueden apreciar numerosos elementos procedentes de la fábrica románica: sillares calizos con marcas de cantero, fragmentos de molduras, etc. Aunque no existen referencias documentales a dicha obra, debió de efectuarse antes de 1623, fecha en la que el coro a los pies ya había sido construido. Admitiendo esa data como límite *ante quem*, y teniendo en cuenta que los *chori* medievales solían estar ubicados en el presbiterio, parece viable que el lienzo oeste se rehiciese durante el siglo XVI, momento en el que se debió de reacondicionar toda la zona oeste del templo para la instalación del nuevo coro en alto.

Otro dato digno de reseñar es que los libros de fábrica refieren hasta en tres ocasiones la existencia de una “media naranja”: concretamente, en los años 1738, 1749 y 1762<sup>40</sup>. También se hace mención al reparo de un chapitel de hojalata

---

<sup>38</sup> Cit. ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado...*, p. 86.

<sup>39</sup> “Enluzir la igitlesia y hacer la pared de la muralla y hacer un osario y allanar el zimenterio que balen beinte y dos mill y sesenta y seis reales ay carta de pago”. APSM, Libro de Fábrica I (1623-1654), 1653, s/p.

<sup>40</sup> En 1738, se realizó un pago a Pedro Soriano “por la talla de yeso que executó en la media naranja, cornisa y demas”; en 1749 se decidió “cerrar la ventana de la media naranja”; y, por último, en 1762 se tapió otro vano existente en la cúpula por los continuos problemas de goteras. APSM, Libro de Fábrica II (1703-1766), 1738, 1749 y 1762, s/p. Por ello, es probable que a finales del siglo XVIII esta obra barroca se hallase bastante alterada y deteriorada, decidiéndose su sustitución por otra nueva y más acorde con los gustos clasicistas.

situado sobre la capilla mayor en 1763 y 1783<sup>41</sup>. Todos estos datos demuestran que sobre el ábside se había instalado una cúpula, aunque no se ha hallado referencia documental explícita de esta obra. En cualquier caso, es muy probable que se llevase a cabo entre 1655 y 1702, un lapso de tiempo para el que no se han conservado las cuentas parroquiales correspondientes. El pleito que mantuvo el maestro molinés Bartolomé Ruiz Torremilano con la iglesia de San Martín entre 1703 y 1711, debido al remate de unas obras efectuadas en los primerísimos compases del siglo XVIII, bien pudiera estar relacionado con la erección de la referida cúpula<sup>42</sup>. Pero nada más se puede decir al respecto, ya que esta estructura desapareció un siglo más tarde, cuando se produjo la renovación completa del templo bajo unos preceptos estéticos propios del Neoclasicismo.

## LOS SIGLOS XVIII Y XIX: HACIA UNA ACTUALIZACIÓN ARQUITECTÓNICA

El templo contaba ya con seiscientos años de antigüedad en la segunda mitad del siglo XVIII. Las intervenciones efectuadas a lo largo de ese tiempo habían estado más encaminadas a mantener y reparar lo existente que a modernizarlo. Los problemas derivados de las humedades y goteras habían motivado la recomposición, supresión o transformación de suelos, púlpitos, altares, ventanas y portadas, mientras que la paulatina adición de elementos como el coro, la cúpula, las hornacinas o la reja de altar, habían conllevado importantes alteraciones en la fábrica como la ruptura de algunas bóvedas y soportes<sup>43</sup>. Por todo ello, el aspecto del edificio debía ser deslucido y avejentado, impropio de la que todos consideraban la iglesia parroquial más venerable de Molina de Aragón.

Como respuesta a esa situación, el inmueble sufrió una transformación radical en el corto periodo de tiempo comprendido entre el último cuarto del siglo XVIII y el primero del XIX. La vieja sacristía, adosada al costado sur del presbiterio quizá en el siglo XVI, fue demolida y sustituida por una de nueva planta en 1776. La obra resultante, efectuada por el maestro Leandro Vizcaíno, fue un habitáculo rectangular con dos vanos ovalados orientados al Este y al

<sup>41</sup> Dicho chapitel fue “recompuesto” en 1763 y 1783. APSM, Libro de Fábrica II (1703-1766), 1763, s/p. APSM, Libro de Fábrica III (1767-1858), 1783, s/p.

<sup>42</sup> Bartolomé Ruiz Torremilano fue un reputado arquitecto que también trabajó en 1731 en el claustro del antiguo convento franciscano de Sigüenza (hoy de las Madres Ursulinas), obra de gran severidad que aún presenta rasgos de carácter escorialense. ROMÁN PASTOR, C., “La influencia del barroco madrileño en la provincia de Guadalajara”, *Wad-al-Hayara. Revista de estudios de Guadalajara*, 27 (2000), pp. 212-214.

<sup>43</sup> Sirva como ejemplo la reja de altar colocada en 1768, y para cuya instalación fue necesario “romper las pilastras para asegurar el berjado”. APSM, Libro de Fábrica III (1766-1858), 1768, s/p.

Oeste, y cubierto por una bóveda gallonada de yeso hoy derruida<sup>44</sup>. La realización de las grandes cajoneras para su interior fue fruto del trabajo conjunto de Manuel Garay y Cristóbal Helver<sup>45</sup>. Por lo demás, hay noticia de dos reparaciones operadas en este ámbito en 1936 y 1965, aunque ninguna de ellas alteró en absoluto su morfología<sup>46</sup>.

Tal y como ya se indicó, la maltrecha tapa del sepulcro de Juan Sardón aún perdura empotrada en la cara interna del muro occidental de la sacristía. Según las noticias que se tienen, el clérigo narbonense fue enterrado en 1181 en el cementerio parroquial<sup>47</sup>, aunque en 1586 sus restos fueron reubicados en el lado norte de la capilla mayor. La tumba fue abierta en 1703 para dar sepultura al padre Juan Bautista de Losa, cuyo cuerpo “íntegro e incorrupto” fue trasladado tres años después al Oratorio de los Filipenses<sup>48</sup>. Ya en 1882, cuando el templo quedó en manos de los Escolapios, se volvió a destapar el enterramiento para trasladar la lápida decorada con la efigie a la ubicación en la que aún hoy se puede observar, “tan baja y en sitio tan húmedo, que ha de padecer mucho”<sup>49</sup>. En efecto, un siglo más tarde la inscripción y el altorrelieve se han borrado casi por completo, y todo hace prever la pronta desaparición de lo poco que aún se conserva.

Una década y media después de la construcción de la sacristía, se emprendió la mayor obra efectuada hasta el momento en el templo. La finalidad de la misma era clara: enmascarar todo resquicio visible de su pasado medieval, dotándolo de un aspecto más acorde a los tiempos que corrían. Con ese objetivo, Manuel Gilaberte efectuó unas primeras trazas que fueron prontamente rechazadas “por no hallarse inteligencia del Arte en las partes substanciales, y

---

<sup>44</sup> Como nota curiosa, parece ser que por el vano oeste, que miraba al corral, entraron durante la Guerra de la Independencia los franceses, robando y destruyendo buena parte del mobiliario litúrgico de la iglesia. APSM, Libro de Fábrica III (1766-1858), 1814, s/p.

<sup>45</sup> “Son datta quatromil trescientos y cinquenta reales vn que por recivo presentado D. Leandro vizcaino maestro arquitecto resultan pagados a este, los mismos en que se ajusto la nueva obra de la sachristia de dicha Iglesia [...] Ytem son datta dos mil ciento treinta y cinco reales vellon, los mimos que lo an importado y resultan haver pagado por la construccion de los nuevos cajones de nogal para dicha sachristia que ha efectuado Manuel Garay y Christobal Helver maestros. de escultura en esta villa incluso el erraje y demas materiales”. APSM, Libro de Fábrica II (1766-1858), 1776, s/p.

<sup>46</sup> La primera supuso un gasto de 168 pesetas, mientras que la segunda ascendió a 2.585. APSM, Libro de Fábrica IV (1901-1980), 1936 y 1968, s/p.

<sup>47</sup> PÉREZ FUENTES, P., *ob. cit.*, p. 115.

<sup>48</sup> “Depositóse el cadáver en la parroquial de San Martín hasta que se terminase la obra de la iglesia del Oratorio. Había dispuesto el finado que le enterrasen en el umbral de la puerta; pero el pueblo se opuso y lo colocaron dentro del sepulcro del que fué fundador del Cabildo de Molina. Pasados tres años acabóse la obra de la Iglesia del Oratorio ó de los Filipenses, y á ella fué trasladado el cuerpo, que se halló íntegro é incorrupto”. MINGUILLA Y ARNEDO, T., *ob. cit.*, p. 358.

<sup>49</sup> ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado...*, p. 102.



en las accesorias todo el mal gusto imaginable”<sup>50</sup>. En realidad, el principal motivo de esa dura reprobación fue el fuerte regusto rococó del proyecto, algo intolerable para los paladines del clasicismo que regían la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando<sup>51</sup>.

De forma casi inmediata, en la primavera de 1794, Carlos de Vargas Machuca presentó unos nuevos planos y condiciones para la construcción de la torre, la linterna y el ornato interior<sup>52</sup>. Tras unas pequeñas modificaciones en el proyecto del campanario, la propuesta fue aprobada y la ejecución de las obras le fue otorgada ese mismo año al arquitecto francés Pedro La Entrada. Dicha actuación contemplaba en un principio el recrecimiento pero no la reconstrucción del muro norte, que mantendría sus paramentos románicos visibles desde la calle de las Tiendas. Para que esto no sucediese, se ideó la edificación de una especie de zaguán o vestíbulo que ocultase esos antiquísimos lienzos por completo, confiriendo así una mayor uniformidad al espacio externo del inmueble<sup>53</sup>.

Las obras se desarrollaron entre 1795 y 1800, y el resultado final fue un conjunto bastante homogéneo, de claro gusto clasicista y construido enteramente en sillería caliza con mortero de cal. La torre se articuló mediante líneas de imposta en cuatro niveles. Los dos inferiores, sobre zócalo, fueron ejecutados con sólidos muros y pequeñas ventanitas para procurar iluminación a la escalera; también en el frente sur del segundo se abrió un acceso a las bóvedas. El tercer registro quedó ocupado por el cuerpo de campanas, y fue horadado con cuatro vanos enmarcados por pilastras y entablamento. Como remate se dispuso un tambor octogonal con rectángulos inscritos en cada cara y coronado con un estilizado chapitel de pizarra y zinc. Por último, y con la salvedad del cuerpo superior, las esquinas de la torre fueron animadas con baquetones.

El zaguán fue concebido con una planta rectangular algo irregular, más estrecha hacia levante. La portada principal se abrió al Norte, justo delante de la gótica de la iglesia, y se resolvió con un arco de medio punto con voluta en la clave y encuadrado entre columnas toscanas y entablamento con triglifos y metopas lisas. Por encima, se dispuso un segundo arco ciego que albergaba una

<sup>50</sup> Los detalles del rechazo de este proyecto, así como de la aceptación del de Carlos de Vargas Machuca, se encuentran en Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (RABASF), Actas de la Comisión de Arquitectura (3/139), Junta del 8 de mayo de 1794, fols. 247r-248v.

<sup>51</sup> CAMACHO MARTÍNEZ, R., “Los maestros Gilaberte, en el entorno de Molina de Aragón (Guadalajara), y su relación con José Martín de Aldehuela”, en *Baética. Estudios de arte, geografía e historia*, 28/1 (2006), pp. 66-67.

<sup>52</sup> RABASF, Actas de la Comisión de Arquitectura (3/139), Junta del 31 de mayo de 1794, fol. 249v.

<sup>53</sup> La obra completa ascendió a “sesenta y quatro mil setts setenta y un reales y veinte y tres maravedís”, más los “veinte y tres mil reales en que se combinieron y abanzo D. Ramon Sierra Maestro comisionado por dicho. Trinunal. Eclesiastico. para la construzion de la portada y fachada de dicha Iglesia”. APSM, Libro de Fábrica III (1766-1858), 1799, s/p.

ventana semicircular con arquivolta moldurada. Sobre la clave de ésta, se ubicó la referida copia del crismón románico. A la izquierda de la portada, a considerable altura, se abrió otro nuevo vano parecido al que hay sobre ésta. Al interior, el suelo quedó cubierto con grandes losas de caliza, y en 1819 se decidió compartimentar el espacio disponible en dos estancias: al Oeste una pequeña antesala para la portada del siglo XIV, y al Este la capilla bautismal<sup>54</sup>.

Los muros del siglo XII de la nave se mantuvieron casi intactos, pero hacia el interior quedaron completamente enmascarados: los paramentos de sillar se encalaron y los soportes se recubrieron con pilastras, medallones y otros elementos de gusto clásico. El gran arco triunfal fue demolido para unificar el tercer tramo y el viejo presbiterio, y sobre este amplio espacio se elevó una nueva cúpula gallonada con pechinas que contenían pinturas de los cuatro evangelistas. Desde el exterior, esta estructura se mostraba como un enorme bloque rectangular, sostenido al sur por una especie de arcosolio en donde se abría una ventana. El remate quedaba ocupado por una pequeña linterna que ofrecía iluminación cenital. Además, existía otra segunda ventana a un nivel más bajo, a escasa distancia del tejado de la sacristía. En la cara interior de ese mismo muro, también se abrió una hornacina bastante amplia para dar cabida a un retablo menor.

Pedro La Entrada se encargó igualmente de renovar la cubierta de los dos tramos más occidentales de la nave. Para llevar a cabo esta obra, se demolieron las antiguas bóvedas “a los tiros de pólvora”, y se construyeron unas nuevas baídas y de yeso, aderezadas con sencillas molduras ornadas con elementos geométricos y vegetales<sup>55</sup>. Esta remodelación hizo necesario el recrecimiento de los muros norte y sur con mampuesto, y el del Oeste con sillares: en éste, además, se abrió un gran vano. Destaca también el hecho de que, en la parte externa del muro sur, se aprovecharon los tres contrafuertes que dividían los dos primeros tramos para construir sobre ellos dos amplios arcosolios de mampostería. Éstos albergaban sendas ventanas de inspiración termal y, al igual que la cúpula, fueron encalados para ocultar la pobreza de los materiales empleados.

El incendio provocado por las tropas francesas comandadas por el general Roguet en noviembre de 1810 afectó al flamante templo: sus muros aguantaron en pie entre los escombros del barrio, pero quedaron ennegrecidos por el efecto devastador de las llamas<sup>56</sup>. Por aquel entonces, la única estructura románica que permanecía visible desde el exterior era el hemiciclo absidial, que por su antigüedad

<sup>54</sup> “Setenta y ocho reales de seis cayceles de yeso para el quarto de la pila bautismal [...] Mil reales por la nueva construcción de dho quarto y cielo raso [...] Mas se le pasan doscientos quarenta y ocho reales que pagó a benito Aguilar por la decorazion de dicho quarto y atrio de la Iglesia”. APSM, Libro de Fábrica III (1766-1858), 1819, s/p.

<sup>55</sup> Descripción del escribano Julián Antonio González de Reinoso, cit. ARENAS LÓPEZ, A., *Situación del obispado...*, p. 87.

<sup>56</sup> ID., *Historia del Levantamiento de Molina de Aragón y su Señorío en Mayo de 1808 y guerras de su independencia*, Valencia, 1914, pp. 306-307.

y las desastrosas consecuencias de dicha catástrofe desentonaba con la nueva iglesia neoclásica. Quizá por ello, su demolición se hizo efectiva en 1819, quedando como único vestigio medieval el pequeño fragmento antes descrito al Norte, desde donde se engarzó la nueva obra. Con los sillares procedentes de la vieja estructura, se edificó la amplia cabecera rectangular que aún hoy persiste<sup>57</sup>.

Para integrar al máximo la capilla mayor con la nave construida apenas dos décadas antes, se reprodujeron en su interior los mismos tipos de soportes y bóvedas empleados por Pedro La Entrada. Las fotos anteriores a los derrumbes de finales del siglo XX demuestran también que en los muros laterales se disponían dos balcones de yeso para soportar sendos órganos: a ellos se podía acceder mediante unas escalinatas ocultas tras el testero recto. Por último, el retablo mayor, ejecutado por Benito Aguilar en 1830, se colocaba sobre una montura de obra que aún se adivina entre la maraña de escombros<sup>58</sup> (fig. 7).

Como ya se señaló, la paulatina decadencia del templo comenzó en la segunda mitad del siglo XIX. Las grandes obras efectuadas en las décadas anteriores contrastan con las escasísimas intervenciones llevadas a cabo a partir de este momento. Algunas de ellas vinieron motivadas por los desgraciados incendios que sufrió el templo: así, en 1916 fue necesario pintar las paredes del interior, entarimar los suelos y hacer nuevos todos los elementos de madera consumidos por el fuego<sup>59</sup>. Hay también constancia de un reparo en la fachada del zaguán en 1927: aunque no se describe, un simple análisis visual parece indicar que consistió en la recolocación de las hileras de sillares más altas<sup>60</sup>. También aparecen ciertas irregularidades materiales en el engarce entre la torre y el muro de los pies, que fue reparado en un momento indeterminado del siglo XX, quizá en 1968<sup>61</sup>. En ese

<sup>57</sup> APSM, Libro de Fábrica III (1766-1858), 1819, s/p.

<sup>58</sup> “Entregados al señor Benito Aguilar, á cuenta del retablo agustado [*sic*] en tres mil trescientos”. APSM, Libro de Fábrica III (1766-1858), 1830, s/p.

<sup>59</sup> “Ciento cuarenta pesetas importe de madera necesaria para armar toda la escalera de la subida al coro y para la subida al pulpito [...] Doscientas y cuatro pesetas con treinta y cinco centimos por la madera necesaria para entarimar parte del suelo del presbiterio, respaldo del baptisterio, de la conogenia [*sic* ¿cajonería?] de la sacristía, basamento del altar mayor y demás [...] Ciento treinta y siete pesetas con cinco centimos por los objetos de carpintería para dentro Iglesia”. También “son data ciento veinte y quatro pesetas importe de los materiales y jornales empleados en rebocar la pared de la Iglesia por su parte baja, del saliente, de la sacristía, y sacar el escombros que había en la capilla que esta inutilizada y ajustar tierra en el terreplen que había al lado de la sacristía”. APSM, Libro de Fábrica IV (1901-1980), 1916-1917, s/p

<sup>60</sup> “Son data mil cuatrocientas noventa y cinco pesetas importe de los jornales y materiales gastados en hacer las obras de retejo, arreglo de fachadas y del cancel, [...] pintar la fachada del mediodía o espadaña”. APSM, Libro de Fábrica IV (1901-1980), 1927, s/p.

<sup>61</sup> Existe una escueta mención a una reparación en la torre en esta fecha que conllevó un gasto de 6.132 pesetas. Por lo cuantioso de la misma, es viable que se corresponda con la intervención que se indica. APSM, Libro de Fábrica IV (1901-1980), 1968, s/p.

sector, se aprecia un lienzo reconstruido con sillares que evidencian algunos desperfectos posiblemente ocasionados por un desplome.



Fig. 7. Interior de la cabecera antes de su derrumbe. 1819.  
Fotografía cedida por la parroquia de San Felipe de Molina de Aragón (1995).

En los últimos años, el abandono del inmueble ha generado un rápido deterioro del mismo. El citado incendio de 1986 y el resto de hundimientos acontecidos desde la década de 1990 han dado al traste con buena parte de la obra, algo especialmente palpable en el espacio interno y en las cubiertas. Ni siquiera los mínimos reparos efectuados a principios del presente siglo, consistentes en la reconstrucción del muro del presbiterio sur, la apertura de un nuevo acceso a la sacristía y el refuerzo de los aleros, han logrado detener el imparable proceso de ruina que augura un lamentable fin: la desaparición del templo más célebre y laureado de la histórica villa de Molina.